

**CUADERNOS
DE DIFUSION
DEL MARXISMO
LENINISMO
MAOISMO**

SUPLEMENTO

hoy 

SERVIR AL PUEBLO
SEMANARIO
DEL PARTIDO
COMUNISTA
REVOLUCIONARIO
DE LA ARGENTINA



noviembre 2010

190

víctor serge

**Sobre la
represión (2)**

Presentación



Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión fue escrito en 1925, por Víctor Serge, revolucionario nacido en 1890 en Bruselas (Bélgica), de padres rusos. Serge (cuyo verdadero nombre era Víctor Lvovich Kibalchich), militó en el socialismo y el anarquismo en Bélgica, España y Francia. Preso durante la Primera Guerra Mundial, fue deportado a Rusia en 1919. Allí adhirió a los bolcheviques, y llegó a integrar puestos ejecutivos en la Tercera Internacional.

Serge escribió esta obra clásica sobre el trabajo de las fuerzas represivas del Estado, basado en la minuciosa investigación de los archivos secretos de la “Ojrana”, la sección del Ministerio del Interior del zarismo encargada de perseguir e infiltrar a las organizaciones políticas y sindicales, en particular a los revolucionarios.

Reproducimos, en esta segunda entrega, extractos de las conclusiones del capítulo sobre la Ojrana y de los **“Consejos al militante”**, de este importante trabajo, porque si bien han pasado muchos años desde que fue escrito, y han cambiado muchas de las técnicas de las fuerzas represivas y los servicios secretos del Estado, sus enseñanzas mantienen absoluta vigencia.

Víctor Serge fue crítico de la represión a socialistas y anarquistas opositores a la revolución bolchevique, pero apoyó al gobierno revolucionario en ocasión de la rebelión en la base naval de Kronstadt, en 1921. Luego se integró a la llamada “oposición de izquierda”, muy crítico de Stalin.

Fue preso en 1933; liberado en 1936, se exilió en distintos países de Europa, recalando finalmente en México. Se unió a la IV Internacional, de la que se separó al poco tiempo en 1937, por diferencias políticas, acusado por Trotski de “anarquista encubierto”. En sus últimos escritos sostuvo posiciones cercanas a la socialdemocracia, aunque defendió a Lenin hasta el final de su vida.

Falleció en México en 1947. ■

Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión (2)

(1925, Extractos)

1. LA "OJRANA" RUSA

XIX. Conclusión.

Por qué resulta invencible la revolución

La policía debía verlo todo, entenderlo todo, saberlo todo, poderlo todo. El poderío y la perfección de su aparato parecían tanto más terribles cuanto que hallaba recursos insospechados en los bajos fondos del alma humana.

Sin embargo, no pudo impedir nada. Durante medio siglo defendió inútilmente a la autocracia

[zarismo] contra la revolución, la que cada año se hacía más fuerte...

En 1917, la autocracia se derrumbó sin que las legiones de soplones, de provocadores, de gendarmes, de verdugos, de guardias municipales, de cosacos, de jueces, de generales, de popes, pudieran desviar el curso inflexible de la historia. Los informes de la "Ojra-na" redactados por el general Globachev **constatan** la proximidad de la revolución y prodigan al zar advertencias inútiles. Lo mismo que los más sabios médicos llamados para asistir a un moribundo

no pueden sino constatar, minuto a minuto, los progresos de la enfermedad, los omniscientes policías del imperio veían impotentes cómo el mundo zarista se precipitaba al abismo...

Porque la revolución era consecuencia de causas económicas, psicológicas, morales, situadas más allá de ellos y fuera de su alcance. Estaban condenados a resistirle inútilmente y a sucumbir. Porque es la eterna ilusión de los gobernantes creer que pueden anular los efectos sin considerar las causas, legislar contra la anarquía o contra el sindicalismo (como en los Estados Unidos), contra el socialismo (como Bismarck lo hizo en Alemania), contra el comunismo, como se hace hoy un poco por doquier. Vieja experiencia histórica. El imperio romano también persiguió inútilmente a los cristianos. El catolicismo inundó Europa de hogueras, sin lograr derrotar la herejía, la vida...

La represión no se vale en definitiva más que del miedo. Pero **¿basta** el miedo para anular las necesidades, el anhelo de justicia, la inteligencia, la razón, el idealismo, todas aquellas fuerzas revolucionarias que expresan la pujanza formidable y profunda de los factores económicos de una evolución? Valiéndose de la intimidación,

los reaccionarios se olvidan que causaron más indignación, más odios, más sed de martirio que temor verdadero. No intimidan sino a los débiles: exasperan a los mejores y templan la resolución de los más fuertes.

“¿Y los provocadores?” A primera vista, pueden causarle al movimiento revolucionario perjuicios terribles. Pero, ¿de verdad es así?

Gracias a su concurso, la policía puede, ciertamente, multiplicar las capturas y las “liquidaciones” de grupos. En determinadas circunstancias, puede contrarrestar los más profundos planes políticos. Puede acabar con militantes valiosos. Los provocadores han sido a menudo los proveedores directos del verdugo. Todo ello es terrible, ciertamente. Pero tampoco es menos cierto que la provocación nunca puede anular sino a individuos o a grupos y que es casi impotente contra el movimiento revolucionario en su conjunto.

Hemos visto cómo un agente provocador se encargaba de hacer entrar a Rusia (en 1912) propaganda bolchevique; cómo otro (Malinovsky) pronunciaba en la Duma discursos redactados por Lenin; cómo un tercero organizaba la ejecución de Plehve. En el primer caso, nuestro pilla puede entregar a la policía una cantidad



Lenin maquillado durante la clandestinidad, después de las jornadas de julio de 1917. Fotografía de la credencial a nombre de K. Ivanov, obrero de la fábrica de armas de Sestroretsk, que utilizó en la ilegalidad.

considerable de literatura; sin embargo, no puede, a riesgo de quemarse inmediatamente, entregar toda la literatura, incluso no podrá sino entregar una cantidad muy restringida. Buena o malamente contribuye, pues, a su difusión. Si

un folleto propagandístico es divulgado por un agente secreto o por un devoto militante, los resultados son siempre los mismos: lo esencial es que sea leído... La importancia que la palabra de Lenin tiene para el país no puede compa-

rarse con la que pueda tener la voz de un miserable. De manera que se puede, me parece, dar del agente provocador dos definiciones que se compensan, pero de las cuales la segunda es más significativa.

1) El agente provocador es un falso revolucionario;

2) El agente provocador es un policía que, sin querer, sirve a la revolución.

Aparenta que la sirve. Pero en semejante oficio no existen las apariencias. Propaganda, combate, terrorismo, todo es **realidad**. No se milita a medias o superficialmente.

Los miserables que en un momento de cobardía se precipitaron en este fango, lo pagaron. Recientemente, Máximo Gorki publicó en sus *Consideraciones retrospectivas* la curiosa carta de un agente provocador. El hombre escribía más o menos esto: “Yo estaba consciente de mi infamia, pero también sabía que ella no podía retardar ni un segundo el triunfo de la revolución.”...

Los revolucionarios rusos, en su larga lucha contra la policía del antiguo régimen, habían alcanzado un conocimiento práctico y seguro de los procedimientos y métodos de la policía. Si ella era fuerte, ellos lo eran más. Cualquiera que sea la perfección de las gráficas elaboradas por los especialis-

tas de la “Ojrana” sobre la actividad de una organización dada, se puede estar seguro de antemano de encontrar en ellas lagunas. Difícilmente –decíamos era completa una “liquidación” de grupo, porque a fuerza de precauciones, siempre escapará alguno. En la tan laboriosa gráfica de las relaciones de B. Savinkov, faltan, por cierto, algunos nombres; y acaso los más importantes. Los militantes rusos consideraban, en efecto, que la acción clandestina (ilegal) está sujeta a leyes inflexibles. A cada instante se preguntaban:

“¿Estará esto de acuerdo con las reglas de la conspiración?”

El código de la conspiración tuvo en Rusia, entre los grandes enemigos de la autocracia y del capital, teóricos y prácticos destacados. Estudiarlo a fondo sería de gran utilidad. Debe contener las reglas más sencillas, precisamente aquellas que, a causa de su sencillez, se olvidan a menudo.

Gracias a esta ciencia de la conspiración, los revolucionarios pudieron vivir ilegalmente en las capitales rusas durante meses y años...

Cuando se tiene a favor las leyes de la historia, los intereses del futuro, los requerimientos económicos y morales que conducen a la revolución cuando se sabe con cer-



Documento fotográfico de un miembro de la Ojrana en pleno fusilamiento.

teza lo que se quiere, las armas propias y las del enemigo; cuando se ha elegido la acción ilegal; cuando hay confianza en uno mismo y sólo se trabaja con aquellos en los cuales se tiene confianza; cuando se sabe que la obra revolucionaria exige sacrificios y que toda devota

semilla fructificará centuplicada, entonces se es invencible.

La prueba es que los miles de expedientes de la “Ojrana”, los millones de fichas del servicio de información, las maravillosas gráficas de sus técnicos, las obras de sus científicos, todo este mirífico arse-

nal está ahora en manos de los comunistas rusos. Los policías, un día de disturbios, huyeron entre el griterío de la muchedumbre; a los que se logró agarrar por el pescuezo se les zambulló, definitivamente en los canales de Petrogrado; en su mayoría los funcionarios de la “Oj-rana” fueron fusilados.¹

Todos los provocadores que se pudo identificar corrieron la misma suerte. Y un día, un poco para ilustrar a los camaradas extranjeros, reunimos en una especie de museo cierto número de piezas particularmente curiosas, tomadas de los archivos secretos de la Seguridad del imperio... Nuestra exposición se realizó en una de las salas más bellas del Palacio de Invierno; los visitantes podían hojear, junto a una ventana situada entre dos columnas de malaquita, el libro de registro de la fortaleza de Pedro y Pablo, la tenebrosa Bastilla del zar, sobre cuyos viejos torresones se veía, del otro lado del Neva, ondear la bandera roja.

Aquellos que lo vieron saben que la revolución es invencible aun antes de vencer.

3. CONSEJOS SENCILLOS AL MILITANTE

Los grandes bolcheviques rusos se califican gustosos como “revolucionarios profesionales”. A todos los verdaderos artífices de la transformación social, esta calificación les va perfectamente. Excluye de la actividad revolucionaria el dilettantismo, el amateurismo, el deporte, la pose; sitúa definitivamente al militante en el mundo del trabajo, donde no se trata de “actitudes”, ni de la naturaleza más o menos interesante de las tareas, ni del placer espiritual y moral de tener ideas “avanzadas”. El oficio (o la profesión) llena la mayor parte de la vida de los que trabajan. Saben que es cosa seria, de la cual depende el pan cotidiano; saben también, más o menos conscientemente, que de ellos depende toda la vida social y el destino de los hombres.

El oficio de revolucionario exige un largo aprendizaje, conocimientos puramente técnicos, amor a la tarea tanto como entendimiento de la causa, los fines y los medios. Si, como es frecuente, se superpone a otro oficio para vivir, es el de revo-

1. La república democrática de Kerensky creyó poder protegerlos, logrando algunos pasar al extranjero.



Armando Rusconi y Daniel Winer: mártires del PCR en la lucha contra el golpe de Estado de 1976 que instauró una feroz dictadura militar. En ellos, los nombramos a todos.

lucionario el que llena la vida y el otro no es sino algo accesorio. La Revolución Rusa pudo vencer porque en veinticinco años de actividad política había formado fuertes equipos de revolucionarios profesionales, preparados para realizar una obra casi sobrehumana.

Esta experiencia y esta verdad debieran estar presentes siempre en el espíritu de todo revolucionario digno de tal nombre. En la complejidad actual de la guerra de clases, se necesitan años de esfuerzo para formar un militante, pruebas, estudio, preparación consciente. Todo obrero animado del deseo de no pasar como un ser insignificante entre la masa explota-

da, sino de servir a su clase y vivir una vida más plena participando en el combate por la transformación social, deberá esforzarse por ser también, en la medida de lo posible, por pequeña que sea un revolucionario profesional... Y en el trabajo de partido, de sindicato o de grupo, deberá mostrarse –es lo que ahora nos ocupa– suficientemente al tanto de la vigilancia policial, incluso de la invisible, incluso de la inofensiva, como parece serlo en los períodos de calma, y descubrirla.

Las recomendaciones siguientes podrán servirle mucho.

No son por cierto un código completo de las reglas de la clan-

destinidad, ni siquiera de la precaución revolucionaria. No contienen ninguna receta sensacional. Son apenas reglas elementales. El buen sentido bastaría en rigor para sugerirlas. Pero, desgraciadamente, experiencias amargas demuestran que su enumeración no es superflua. La imprudencia de los revolucionarios es siempre el mejor auxiliar de la policía.

I. Seguir los pasos

La vigilancia secreta, paso a paso, fundamento de toda vigilancia, es casi siempre fácil de descubrir. Todo militante deberá considerarse seguido permanentemente; por principio, jamás dejará de tomar las precauciones necesarias para impedir que lo sigan. En las ciudades grandes donde el tráfico es intenso, donde los medios de locomoción son variados, el éxito de la policía se debe exclusivamente a una culpable negligencia de los camaradas.

Las reglas más simples son: no dirigirse directamente a donde uno va; dar un rodeo por una calle poco frecuentada, para asegurarse de que no se está siendo seguido; en caso de duda, regresar sobre los propios pasos; en caso de advertir

que se es seguido usar un medio de locomoción y transbordar.

Es un poco difícil “plantar” a los agentes en una ciudad pequeña; pero al hacerse ostensible, tal vigilancia pierde una gran parte de su valor.

Desconfiar de la imagen preconcebida del “agente de paisano”. Este tiene frecuentemente una fisonomía bastante característica. Pero los buenos policías saben adaptarse a la variedad de sus tareas. El transeúnte más corriente, el obrero en mangas de camisa, el vendedor ambulante, el chofer, el soldado pueden ser policías. Prever la utilización de mujeres, de jóvenes y de niños entre ellos. Sabemos de una circular de la policía rusa recomendando emplear escolares en misiones que los agentes no podrían cumplir sin hacerse notar.

Cuidarse también de la enfadosa manía de ver un soplón en todo el que pasa.

II. La correspondencia y los apuntes

Escribir lo menos posible. Mejor no escribir. No tomar notas sobre temas delicados: más vale memorizar ciertas cosas que tomarlas por escrito. Para ello, ejercitarse en re-

tener por procedimientos mnemotécnicos las direcciones y particularmente los números de las calles.

La libreta

En caso necesario, tomar notas inteligibles sólo para uno mismo. Cada quien inventará procedimientos de abreviatura, de inversión y de cambio de las cifras (24 por 42; 1 significa g, g significa 1, etc.). Poner, uno mismo, nombre a las plazas, a las calles, etc.; para disminuir las posibilidades de error, valerse de asociaciones de ideas (la calle Lenoir* se convertirá en La Negra; la calle Lepica... en erizo o espina, etc.).

Las cartas

Con la correspondencia, tomar en cuenta los gabinetes negros. Decir lo mínimo de lo que haya que decir, esforzándose por no ser comprendido más que por el destinatario. No mencionar terceros sin necesidad. En caso de necesidad, recordar que un nombre es mejor que un apellido, y que una inicial sobre todo convencional, es mejor que un nombre.

Variar las designaciones convencionales. Evitar todas las precisiones (de lugar, de trabajo, de fecha, de carácter, etc.).

Saber recurrir, aun sin entendi-

miento previo, a estratagemas que siempre deberán ser muy sencillas, y trivializar la información. No decir, por ejemplo: “el camarada Pedro fue detenido”, sino “el tío Peter cayó enfermo repentinamente”.

Recibir la correspondencia a través de terceros.

III. Conducta general

- Desconfiar de los teléfonos. No hay nada más fácil de controlar.

La conversación telefónica entre dos aparatos públicos (en cafés, teléfonos automáticos, estaciones) presenta menos inconvenientes.

No hacer citas por teléfono más que en términos convencionales.

- Conocer bien los lugares, En caso de necesidad, estudiarlos con antelación en un plano. Fijarse en las casas, los pasajes, los lugares públicos (estaciones, museos, cafés, grandes tiendas) que tengan varias salidas.

- En un lugar público, en el tren, en una visita privada, tener presentes las posibilidades de observación y por lo tanto del alumbrado. Tratar de observar bien sin ser observado a la vez. Es bueno sentarse de preferencia a contraluz: se ve bien y a la vez se es menos visible. No es bueno dejarse ver en una ventana.



Talleres Orletti.

IV. Entre compañeros

Tener como principio que, en la actividad ilegal, un militante no debe saber sino aquello que es útil que sepa; y que frecuentemente es peligroso saber o dar a conocer más.

Mientras menos conocida es una tarea, más seguridad y posibilidades de éxito ofrece.

Cuidarse de la inclinación a las confidencias. Saber callar: callarse es un deber hacia el partido, hacia la revolución.

Saber ignorar voluntariamente aquello que no se debe conocer.

Es un error, que puede llegar a ser grave, confiarle al amigo más íntimo, a la novia, al camarada más seguro, un secreto de partido que no es indispensable que conozca. A veces es algo que puede dañarlos a ellos; porque se es responsable de lo que se sabe, y esa responsabilidad puede estar cargada de consecuencias.

No molestarse ni ofenderse por el silencio de un camarada. Ello no es índice de falta de confianza, sino más bien de una estima fraternal y



Escuela de Mécánica de la Armada (ESMA).

Fueron, lo mismo que Talleres Orletti, centros de detención y tortura de presos políticos durante la dictadura militar instaurada en 1976 en nuestro país.

de una conciencia que debe ser común del deber revolucionario.

V. En caso de detención

Mantener absolutamente la sangre fría. No dejarse intimidar ni provocar.

No responder a ningún interrogatorio sin estar asistido por un defensor y antes de haberse aconsejado con éste que, de ser posible, deberá ser un camarada del partido. O, en su defecto, sin haber reflexionado suficiente-

mente. Toda la prensa revolucionaria rusa publicaba otrora, en grandes caracteres, esta constante recomendación:

“¡Comaradas, no hagan declaraciones!

¡No digan nada!”

En principio: no decir nada.

Explicarse es peligroso; se está en manos de profesionales capaces de sacar partido de la menor palabra. Toda “explicación” les proporcionará información valiosa.

Mentir es extremadamente peligroso; es difícil construir una historia sin defectos demasiado eviden-

tes. Es casi imposible improvisarla.

No tratar de hacerse el más astuto: la desproporción de fuerzas es demasiado grande.

Los reincidentes escriben en los muros de las prisiones esta energética recomendación que puede ser aprovechada por los revolucionarios: “¡No confesar jamás!”

Cuando se niega algo, negarlo de plano. Saber que el adversario es capaz de todo.

No dejarse sorprender ni desconcertar por el clásico:

– ¡Lo sabemos todo!

Esto nunca es cierto. Es un truco impúdico usado por todas las policías y por todos los jueces de instrucción con todos los detenidos.

No dejarse intimidar por la sempiterna amenaza:

– ¡Le costará caro!

Las confesiones, las malas justificaciones, la creencia en triquiñuelas, los momentos de pánico si pueden costar caros; pero cualquiera que sea la situación de un acusado, una defensa firme y hermélica, construida de muchos silencios y de pocas afirmaciones y negaciones, sólidas, no puede más que mejorarla.

No creer en nada: es también un argumento clásico cuando se nos dice:

– Ya lo sabemos todo por boca de su compañero tal y tal!

No creer en nada, ni aunque traten de probarlo. Con unos pocos indicios hábilmente reunidos, el enemigo es capaz de fingir un conocimiento profundo de las cosas. Incluso si algún Tal “ya lo dijo todo”, esto ha de ser una razón más para redoblar la circunspección.

No saber o saber lo menos posible sobre quiénes se nos está preguntando.

En las confrontaciones: conservar la sangre fría. No manifestar asombro. Insistamos: no decir nada.

Jamás firmar un documento sin haberlo leído bien y comprendido completamente. A la menor duda, negarse a firmarlo.

Si la acusación se basa en una falsedad –lo cual es frecuente– no indignarse: dejarla pasar antes de combatirla. No hacer nada más sin ayuda del defensor, que debe ser un camarada.

VI. Frente a jueces y policías

No ceder a la inclinación, inculcada por la educación idealista burguesa, de establecer o restablecer “la verdad”.

En el conflicto social no hay verdad común para las clases explotadas y para las clases explotadoras.

No hay verdad –ni pequeña ni grande– impersonal, suprema, im-

perante que esté por encima de la lucha de clases.

Para la clase propietaria, la verdad es su derecho: su derecho a explotar, a expropiar, a legislar; a acorralar a los que quieren un futuro mejor, a golpear sin piedad a los difusores de la conciencia de clase del proletariado: llaman verdad al engaño útil. Verdad científica, dicen sus sociólogos, la eternidad de la propiedad individual (abolida por los soviets). Verdad legal es una irritante falsedad: la igualdad de pobres y ricos ante la ley! Verdad oficial, la imparcialidad de la justicia, arma de una clase contra las otras.

La verdad de ellos no es la nuestra.

A los jueces de la clase burguesa, el militante no tiene por qué darles cuenta de sus actos ni tiene por qué tenerle respeto a ninguna pretendida verdad. Llega coaccionado frente a ellos. Sufre violencia. Su única meta debe ser servir también aquí a la clase obrera. Por ella, puede hablar, hacer del banquillo de los acusados una tribuna, convertirse de acusado en acusador. Por ella debe saber callar. O defenderse inteligentemente para re-

conquistar con la libertad sus posibilidades de acción.

La verdad no se la debemos sino a nuestros camaradas, a nuestra clase, a nuestro partido.

Frente a jueces y policías, no olvidarse de que son sirvientes de los ricos, encargados de las más viles tareas.

Que si son los más fuertes, somos nosotros entonces los que, necesariamente, tenemos razón contra ellos; que ellos defienden servilmente un orden inicuo, malvado, condenado por el mismo desarrollo histórico, mientras que nosotros trabajamos por la única causa noble de nuestro tiempo: la transformación del mundo por la liberación del trabajo.

VIII. Una recomendación fundamental

Cuidarse de las manías conspiradoras, de la pose de iniciado, de los aires de misterio, de dramatizar los casos simples, de la actitud “conspiradora”. La mayor virtud de un revolucionario es la sencillez, el desprecio de toda pose, incluso... “revolucionaria”, y principalmente conspiradora.



cuadernos de difusión del marxismo-leninismo-maoísmo



CARLOS MARX



FEDERICO ENGELS



VLADIMIR LENIN



JOSÉ STALIN



MAO TSETUNG

Ultimos Cuadernos publicados

100 **Engels**: La filosofía dialéctica / 101 **Engels**: La plusvalía / 102 **Stalin**: El leninismo / 103 **Lenin**: La transición al comunismo / 104 **Lenin**: El problema nacional / 105 **Lenin**: Situación revolucionaria / 106 **Lenin**: ¿Qué hacer? / 107 **Lenin**: La organización / 108 **Lenin**: Partido y clase / 109 **Wells**: Entrevista a Stalin / 110 **Marx-Engels**: La autoridad / 111 **Lenin-Zetkin**: La mujer / 112 **Mao**: La superstición / 113 **Mao**: Prevenir errores / 114 **Mao**: Fortalecer la unidad / 115-116 **Krúpskaia**: Octubre (I) y (2) / 117 **Stalin**: La nación / 118 **Stalin**: La cuestión campesina / 119 **Mao**: Los dos aspectos / 120 **Mao**: La dinámica ideológica / 121 **Mao**: Los desórdenes / 122 **Marx-Engels**: Tesis sobre Feuerbach / 123 **Lenin**: La flexibilidad / 124 **Engels**: La filosofía alemana / 125 **Stalin**: La Segunda Guerra Mundial / 126 **Marx**: La Economía Política / 127 **Marx**: Valor y trabajo / 128 **PCR**: El clasismo revolucionario / 129 **PCR**: Sobre el terrorismo / 130 **Guevara**: Discurso de Argel / 131 **Marx**: Trabajo y ganancia / 132 **Mao**: Los intelectuales / 133 **Mao**: La URSS y la guerra interimperialista / 134-135 **Stalin**: Lenin (I) y Lenin (II) / 136 **Guevara**: El hombre nuevo / 137 **Dimitrov**: Contra el sectarismo / 138 **Gramsci**: Los comunistas y los sindicatos / 139 **Díaz**: El Frente Popular / 140 **Pasionaria**: No pasarán / 141-142 **Mao**: La Revolución Cultural (1 y 2) / 143 **Ponce-Mella**: La educación / 144 **Mariátegui**: Lenin / 145-146 **Mavrakís**: El trotskismo (1 y 2) / 147 **Lenin**: Problemas del socialismo / 148 **Mao**: Carta a Chiang Ching / 149 **Mao**: La economía del socialismo / 150 **Gramsci**: Espontaneidad y conciencia / 151 **Mao**: Temas filosóficos / 152-153: **Guevara**: Marx y Engels (I y II) / 154-155: **O. Vargas**: Los ignorados (I y II). / 156-157 **Lenin**: Sobre la cooperación (1 y 2) / 158 **Marx-Engels**: Manifiesto del Partido Comunista / 159 **Marx**: Crítica al programa de Gotha (I) / 160-161 **O. Vargas**: Somos el partido del comunismo (1 y 2) / 162 **Marx**: Crítica al programa de Gotha (2) / 163 **Mao**: Las clases en el campo / 164 **Guevara**: La transición socialista / 165 **Mao**: Contra el culto a los libros / 166 **Mao**: La transición socialista / 167-168 **Mao**: El frente único (1 y 2) / 169 **Engels**: Economía Política / 170 **Gramsci**: La caída de la tasa de beneficio / 171 **Mao**: La unidad del Partido / 172 **Myrdal**: China: La revolución continuada / 173 **Mao**: Como tratar los errores / 174 **O. Vargas**: La lucha de ideas / 175 **P.C. de China**: Dos caminos en el socialismo / 176-177 **N. Podvoiski**: Lenin y la insurrección / 178 **Lenin**: Los revolucionarios y los compromisos / 179 **PCR**: El clasismo revolucionario / 180-181 **Lenin**: Sobre el sindicalismo (1 y 2) / 182 **Mao**: Corrijamos las ideas y métodos erróneos / 183-184-185-186 **Lenin**: El Estado y la revolución (1, 2, 3 y 4) / 187-188 **PCR**: El carácter de la revolución (1 y 2) / 189 **Serge**: Sobre la represión (I).

Pídalos a su
distribuidor.
Los miércoles
en su kiosco

hoy

SERVIR AL PUEBLO

SEMANARIO DEL PARTIDO COMUNISTA
REVOLUCIONARIO DE LA ARGENTINA